

diatamente al lecho de su señora, y frotándola las sienes la hizo volver poco á poco de su languidez.

Apenas se abrieron sus ojos, se volvió espantada hacia la puerta de la estancia.

— ¿Qué miráis, amiga mía? preguntó dulcemente el mariscal.

— ¿Se ha marchado? dijo con voz temblorosa la princesa.

— ¿Quién, señora? preguntó su fiel Grouska con los ojos bañados en lágrimas á la vista de su señora.

— ¡El sacerdote! respondió la mariscala, en cuya fisonomía estaba pintado un profundo terror lo mismo que si hubiera visto entrar en su alcoba una legión de espíritus infernales, conducidos por el abate Bouquemont.

— Sí, contestó el mariscal, cuyo entrecejo se frunció ante la idea de que el abate había podido ocasionar sin duda el estado alarmante en que se encontraba su mujer.

— ¡Ah! continuó la princesa como si se la hubiera quitado un peso enorme de su pecho, y después volviéndose hacia su doncella, la dijo:

— Retírate, Grouska, tengo que hablar con el mariscal.

La doncella salió dejando á la princesa frente á frente con su marido.

FIN DEL LIBRO VIGÉSIMOCTAVO.

LIBRO VIGÉSIMONONO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA CONFESIÓN.

— Aproxímaos á mí, señor mariscal, dijo la princesa con una voz-tan débil, que Mr. de Lamothe-Houdón apenas pudo entenderla, porque mi voz se concluye y tengo muchas cosas que deciros.

El mariscal aproximó un sillón y se sentó al lado de los almohadones.

— No estáis en estado de hablar, la dijo, no me contéis nada, dadme vuestra mano y quedaos dormida.

— No, señor mariscal, yo no puedo dormir más que un eterno sueño, y antes de mi muerte tengo que haceros una confianza.

— No, Rina, no, respondió el mariscal, vos no moriréis, vuestra misión aún no se ha llenado sobre la tierra, amiga mía, y nosotros no debemos morir sino cuando nuestra obra está concluida. Aun nuestra hija menor tiene necesidad de todos vuestros cuidados.

— ¡ Nuestra hija ! murmuró temblando la moribunda
 — Sí, continuó Mr. de Lamothe-Houdón; gracias á vos va mucho mejor, y gracias á vuestros excelentes cuidados la vida de nuestra querida hija está casi asegurada. No dejaréis vuestra obra sin concluir, mi querida Rina, y entonces si Dios os llama á su lado no partiréis sola, porque también me hará la merced de llamarme al mismo tiempo que á vos.

— Señor mariscal, dijo la princesa, de cuyos ojos la bondad de su marido hacía correr abundantes lágrimas de ternura, soy indigna de vuestro cariño y hé aquí por qué os suplico que me escuchéis.

— No, Rina, yo no escucharé nada, dormid tranquilamente, hija mía, y que Dios bendiga vuestro sueño.

Las lágrimas que corrían en aquellos momentos de los ojos de la princesa cubrieron la mano del mariscal con que tenía cogida la de su mujer.

— ¡ Lloras, Rina ! dijo con una voz conmovida : ¿ tienes algún disgusto que yo pueda remediar ?

— Sí, contestó con la cabeza la moribunda.

— Habla, amiga mía.

— Ante todo, señor mariscal, dijo la princesa separando su mano de la de su marido y sacando de su pecho una pequeña llave de oro suspendida del cuello, tomad esta llave y abrid mi almohadilla.

El mariscal tomó la llave, se levantó y fué á abrir la almohadilla.

— Abrid el segundo cajón, continuó la señora de Lamothe-Houdón.

— Ya está, dijo el mariscal.

— Ahí veréis un paquete de cartas envueltas con una cinta negra.

— Aquí está, dijo el mariscal cogiéndole y presentándosele á la princesa

— Cogedle y venid á sentaros á mi lado.

El mariscal ejecutó lo que le mandaban.

— Ese paquete de cartas encierra mi confesión, dijo la pobre mujer.

El mariscal adelantó la mano para entregar las cartas á su mujer ; pero ésta las rechazó, diciendo :

— Leedlas, porque yo no tengo fuerzas bastantes para deciros su contenido.

— ¿ Qué contienen estas cartas ? preguntó el mariscal turbado.

— La prueba de todas mis faltas, señor mariscal.

— Entonces, dijo éste con emoción, permitidme deje su lectura para otra ocasión. Estáis demasiado débil para ocuparos en este momento de vuestras faltas, y debo esperar á que os restablezcáis.

Después, entreabriendo su traje, colocó las cartas en el bolsillo.

— Pero yo voy á morir, señor mariscal, y no quiero presentarme ante Dios con tan grave peso sobre mi conciencia.

— Si Dios os llama á su lado, Rina, murmuró el mariscal con una voz triste, que Dios os perdone en el cielo. como yo lo hago en la tierra, las faltas que hayáis podido cometer.

— Pero es que estas son más que faltas, señor mariscal, continuó con una voz casi extinguida ; son crímenes, y yo no quiero dejar la tierra sin haberos dado conocimiento de ellos ; porque es vuestro honor el que yo he manchado vergonzosamente, señor mariscal.

— ¡ Basta, Rina ! exclamó el mariscal estremeciéndose.

Basta, basta, añadió dulcificando la voz. Os repito que no quiero saber nada. Os perdono y os bendigo, y llamo sobre vos toda la misericordia divina.

Las lágrimas de reconocimiento volvieron otra vez a rodar de los ojos de la princesa. Volvió sus ojos hacia el mariscal, y mirándole con una expresión inefable de ternura y de admiración, le dijo :

— ¿Queréis darme vuestra mano ?

El mariscal la tendió las dos; la princesa tomó una entre las suyas, la levantó á la altura de sus labios, y después, estrechándola con fervor, le dijo como dominada por una especie de éxtasis y de exaltación religiosa :

— Dios me llama á él, y voy á rogar por vos.

Después, dejando caer la cabeza sobre la almohada, cerró dulcemente los ojos y pasó sin transición violenta de esta vida al sueño eterno, con la serenidad majestuosa con que un día sereno se extingue entre las sombras de la noche.

— ¡ Rina, Rina ! mi pobre y querida esposa, exclamó el mariscal dominado por las emociones de tan distinta naturaleza que le habían acometido durante esta escena ; abre tus ojos, mírame, respóndeme ; yo te he perdonado ; yo te perdono, ¡ pobre esposa mia ! ¿ no me oyes ?... te perdono.

Estaba tan acostumbrado al silencio de la princesa, que no viendo nada que anunciase la muerte en su cara, que respiraba la calma y la dulzura, la acercó hacia sí y la besó en la frente.

Pero al sentir el frío del mármol en la frente, y al dejar de sentir el aliento de su boca al colocar sus labios en los de su esposa, comprendió que había dejado de existir, y reclinando otra vez su cabeza sobre la almohada, tendió sus dos manos sobre ella, diciendo :

— ¡ Sea lo que quiera lo que hayas hecho, te perdono en este momento supremo, pobre y débil criatura ! ¡ Cualquiera que sea tu falta, cualquiera que sea tu crimen, llamo sobre ti las bendiciones del cielo !

En este momento una débil voz de un niño se dejó escuchar.

— ¡ Mamá, mamá ! gritaba esta voz, quiero verte.

Esta era la voz de la niña, que esperaba con ansiedad en el gabinete el fin de la conferencia de la mariscal y de su marido.

Las dos hermanas entraron precipitadamente en la alcoba, porque Regina estaba también con la niña.

— No entréis, no entréis, hijas mías, exclamó el mariscal con una voz entrecortada por los sollozos.

— Quiero ver á mamá, dijo llorando la niña, precipitándose hacia el lecho de la princesa.

Pero el mariscal la cerró el paso, la cogió en sus brazos y se la entregó á Regina, diciéndola :

— ¡ Llévala, en nombre del cielo, hija mia !

— ¿ Cómo está ? preguntó Regina.

— Algo mejor : está dormida, dijo el mariscal con un tono que desmentían sus palabras.

— ¡ Mamá está muerta ! dijo la niña.

La princesa Regina en un momento se traladó, con la niña en los brazos, junto al lecho de la mariscal.

— ¡ Desgraciadas niñas, dijo Mr. de Lamothe-Houdón lanzando un suspiro de dolor, ya no tenéis madre !

Un solo grito lanzaron las dos hermanas.

Á este grito, la marquesa de la Tournelle y la doncella, seguidas del abate Bouquemont, entraron en la habitación.

Al ver la cara hipócrita del abate Bouquemont, el mariscal pareció olvidar sus emociones para no acordarse más

que de la princesa en el momento en que el abate había dejado la alcoba ; se dirigió hacia el sacerdote, y con un tono severo le dijo :

— ¿ Sois vos quien reemplazáis á monseñor Coletti ?

— Sí, señor mariscal, contestó el sacerdote.

— Pues bien, vuestro deber está cumplido ; la persona que veníais á confesar ha muerto.

— Si el señor mariscal lo permite, pasaré la noche velando el cuerpo de la desgraciada princesa.

— Es inútil, porque pienso ejecutarlo yo mismo.

— Pero la costumbre, señor mariscal, añadió el abate que se veía contradicho por la segunda vez en aquel día, hace que ese fúnebre oficio sea desempeñado por un eclesiástico.

— Es muy posible, señor abate, dijo el mariscal con un tono que no admitía réplica ; pero os repito que vuestra presencia en este sitio es para lo sucesivo inútil ; tengo por lo tanto el honor de saludaros.

Después, volviendo la espalda al abate Bouquemont, fué á buscar á las dos hermanas que besaban, sollozando, la mano de su madre, mientras el abate, furioso por la recepción que había tenido, se colocaba impolíticamente el sombrero sobre la cabeza y lanzaba grandes amenazas sobre la casa de Orgón.

Al salir, cerró violentamente la puerta del gabinete.

Este proceder merecía sin duda una corrección ; pero por fortuna el mariscal de Lamothe-Houdón estaba demasiado absorto en este momento para advertir la impertinente salida del abate Bouquemont.

La noche había llegado durante todo esto y apenas se veía en las habitaciones de la princesa. Un silencio mortal había en toda la casa.

Se anunció que la comida estaba servida, pero el mariscal no quiso tomar parte. Obligó á todo el mundo á que se retirase después de haberle traído una luz ; y cuando estuvo solo, se aproximó al costurero donde de continuo se apoyaba la princesa ; y después, sacando el paquete de cartas de su bolsillo, deslió con mano temblorosa la cinta que le rodeaba, y comenzó á leer con una mirada que el dolor le turbaba.

La primera carta era suya, y estaba escrita en el vivac la víspera de una batalla ; la segunda estaba escrita sobre el campo al día siguiente de una victoria ; todas tenían su fecha del tiempo de la guerra y una sola palabra las resumía todas : ¿ Cuándo volveremos á Francia ? En una palabra, todas sus cartas demostraban su ausencia é indicaban el abandono y el aislamiento de su mujer.

Tal fué la puerta por la cual entró en la gran batalla de la vida de la princesa, la ausencia de él y el aislamiento de ella.

Después se detuvo un momento al examinar otra letra distinta de la suya como si antes de pasar más adelante hubiese comprendido ya el camino que tenía que recorrer. En este camino entreveía á su mujer, es decir, un ser débil entre todos, errante, solo, sin apoyo, y á merced del orimer lobo devorador.

Entonces se volvió hacia el cadáver, y llegándose á él exclamó :

— Perdón mujer querida, tu primera falta es la mía ; que Dios me perdone, porque yo debo tomarla sobre mí.

En seguida volvió á sentarse junto al costurero y comenzó la lectura de las cartas de Mr. Rappt.

¿ Cosa extraña ! como si descubriese instintivamente que detrás de aquella falta se ocultaba un crimen, el conocimiento de su deshonra no le afectaba tanto, ni le producía

ese efecto terrible que de ordinario ocasiona sobre todo hombre, cualquiera que sea su temperamento en situación semejante. Sin duda que su frente se cubrió de vergüenza; sin duda que sufrió mucho durante el tiempo que ocupó en la lectura de las cartas; sin duda que si hubiera tenido en sus manos al conde Rappt, le hubiera indudablemente destrozado; pero la revelación de su desgracia que le producía un grande encono contra su protegido, se cambiaba en lástima respecto de su mujer. La lloraba con ternura y sinceridad, se acusaba á sí mismo como autor de su deshonor, se censuraba sus propios actos, y aun volvió á invocar desde la distancia á que se encontraba el que Dios derramase toda su gracia sobre su difunta esposa.

Tal fué el doble efecto producido en el mariscal después de la primera carta de Mr. Rappt: compasión respecto de su mujer, indignación en cuanto á su protegido; la mujer había engañado á su marido; el ayudante de campo había hecho traición á su señor.

Continuó después tan siniestra lectura con el corazón oprimido y destrozado por mil sentimientos.

No leyó más que los párrafos de las primeras cartas; ninguna desgracia nueva le fué anunciada en ellas, y sin embargo, por intuición, por adivinación, por decirlo así, comprendía que había una desgracia más grande que esperar y desdoblaba con mano febril todas las cartas. Las devoraba rápidamente como el hombre que ve el cañón apuntando á su cuerpo y se arroja ante la idea demasiado triste de encontrarse con la bala que ha de herirle.

Lanzó un grito terrible, inexplicable, espantoso, cuando llegó á estas palabras:

« Llamaremos á nuestra hija *Regina*. ¿Será tan hermosa como tú? »

El rayo no produce tanto estrago por donde pasa como hicieron estas palabras en el mariscal de Lamothe-Houdón. No firé ya el corazón de un amante ó de un marido ó de un padre el que entonces se dejó sentir, sino únicamente el corazón del hombre, su respeto humano y su conciencia.

Olvidió que había sido engañado como esposo, vendido como señor, y escarnecido como amigo y como padre; olvidó, en una palabra, su deshonor y su desgracia para ocuparse solamente de la repugnante monstruosidad del matrimonio del amante con la hija de su querida. Volvió la vista llena de cólera hacia el lecho; pero al ver el cadáver de su mujer con las manos cruzadas, la frente dirigida al cielo en actitud de un recogimiento solemne, sus ojos tomaron la expresión de un profundo dolor, y exclamó con una voz lastimera:

— ¡ Ah, qué es lo que has hecho, desgraciada mujer ! Después, volviendo á tomar las cartas, procuró recobrar su sangre fría para poder leerlas hasta el fin. Ocupación espantosa á que hubiese renunciado, si otro nuevo pensamiento, si la idea de otro nuevo crimen no le hubiera asaltado.

Hemos visto á la niña Abeja en el estudio de Regina, mientras Petrus hacia su retrato, y la hemos encontrado también en el lecho mortuorio. El nacimiento de esta hija adorada era lo que preocupaba en aquellos momentos al mariscal. ¡ Cuántas veces se había mostrado orgulloso al llevarla cogida de la mano sobre su gran caballo de batalla ! ¡ Qué espectáculo tan encantador no habían presentado mil veces jugando el mariscal y la pequeña niña con un aro en las Tullerías ! Los pocos años son más simpáticos á la ancianidad que la juventud y la edad madura; los

blondos cabellos de los niños están más en armonía con los blancos cabellos de los ancianos.

Abeja había sido por lo tanto la corona de la vejez del mariscal. El último cántico que había oído, el último perfume que había respirado; la amaba como el último suspiro de su vida, como el último rayo de su ocaso. ¿Dónde está Abeja? ¿por qué no está aquí? ¿cómo se la ha permitido salir por tanto tiempo? ¿quién se permite incomodarla? ¿por qué no he oído cantar á la niña ni una sola vez en el día de hoy? ¿Está triste? ¿Está enferma?... y el nombre de Abeja se dejaba oír por todas las habitaciones. Era como el aliento vivificador para el corazón del mariscal, y cuando no estaba, sólo había tristeza; pero cuando llegaba á presentarse, renacía de nuevo la alegría.

Así es, que el mariscal volvió á emprender la lectura de las cartas con un terror inexplicable, y mucho mayor del que hubiese tenido aunque hubiera sabido positivamente lo que había oído hacía poco tiempo.

¡ Ah! ninguna ilusión debía continuar subsistiendo alrededor de aquel desgraciado anciano.

Había visto caer todas sus creencias poco á poco lo mismo que se arruinan los elevados castillos. Una sola le quedaba y también iba á verla desvanecida lo mismo que las demás. ¡ Oh destino fatal! Este hombre tenía la hermosura, la bondad, el valor, el honor y el continente que hacen á un hombre grande y dichoso, y nada le había faltado tampoco para disfrutar del amor; y hé aquí que al término de su vida se veía precisado á sufrir todo género de tormentos de los que ni aun experimentan los mayores culpables.

Cuando estuvo cierto de su mala estrella, cuando hubo concluido hasta el último átomo de su esperanza, bajó la cabeza y empezó á llorar amargamente.

Las lágrimas son un desahogo, cambian el veneno en dulce alimento y calman las heridas del alma.

Después que hubo llorado por bastante tiempo, se levantó y colocado junto al cadáver, habló del modo siguiente:

— « ¡ Yo te he querido mucho, Rina! y he sido entre todos el más digno de ser amado por ti; pero el carro de la vida me ha llevado con excesiva rapidez, y no mirando más que lo que había delante de mí, y al través del tupido cortinaje que procuraba descorrer, me olvidé de la pobre planta que pisaba en mi carrera. Tú me has llamado y yo no he llegado á tu socorro, y has tomado sin embargo la primera mano que te he ofrecido para poder levantarte. La falta es mía, Rina, y esta también es mi mayor falta; me acuso de ella ante tu cuerpo inerte y pido perdón ante Dios de mi culpa. De aquí nacieron todos tus infortunios, de aquí se han originado todas tus desgracias.

» Tú has pagado con tu vida mi primera falta, y yo pagaré con la mía tu último crimen.

» Dios ha sido severo para contigo; yo era quien primero debía expiar nuestros defectos.

» Pero existe un cómplice de todos nuestros males, y éste no tiene excusa ninguna. Éste ha sido un ladrón, un embustero sin honor y sin fe, un vil traidor que te ha llevado á un espinoso sendero para arrojarte en el abismo. Él, mi querida Rina, del mismo modo que imploro el perdón sobre ti, juro que será castigado como un impostor y un villano, y cuando haya cumplido con este deber de justicia, entonces, Rina, iré á pedir ante Dios, si aun no ha extinguido su cólera, el que la derrame completamente sobre mí, cómo verdadero culpable.

» ¡ Adiós, pobre mujer! pronto nos veremos, porque el

cuerpo sobrevive bien poco cuando el alma ha dejado de existir. »

Después de esta oración, el anciano se dirigió hacia el costurero, cogió las cartas, las metió en el bolsillo y se preparaba á salir, cuando vió levantarse el portier de la entrada y adelantarse en la obscuridad un hombre á quien no reconoció por el pronto.

Dió un paso hacia él y descubrió al conde Rappt.

CAPÍTULO II.

EN QUE LA ESTRELLA DE MR. RAPPT EMPIEZA Á OSCURECERSE.

— Es él, murmuró sordamente el mariscal de Lamothe-Houdón, cuya fisonomía tomó una expresión siniestra, no obstante que de costumbre siempre expresaba la dulzura. Él, repitió fijando sobre el conde los ojos chispeantes y mirándole como miraría una tempestad si le fuese posible ver á la víctima que va á destrozar.

El conde, según hemos visto ya, era atrevido, audaz, de sangre fría, y de excesivo valor; y sin embargo, ¿cómo explicar este fenómeno? no obstante estas condiciones, su audacia y su atrevimiento se extinguieron de repente ante el mariscal, como las defensas de una población desaparecen ante el enemigo vencedor.

¡Tanta expresión se manifestaba en la mirada del mariscal! ¡Tantas y tan terribles amenazas se descubrían en su mirada, que el conde, sin adivinar nada, hizo toda clase de conjeturas y se estremeció involuntariamente!

Creyó por el pronto que Mr. de Lamothe-Houdón se había vuelto loco con la muerte de su esposa.

Atribuyó la fijeza de su mirada al abatimiento, y tomó su cólera por la desesperación, por lo cual se dispuso á consolarle. Procuró recobrar toda la calma necesaria para formular convenientemente el disgusto que le ocasionaba la muerte de la princesa y la parte que tomaba en el dolor del mariscal.

Se adelantó hacia Mr. de Lamothe-Houdón inclinando la cabeza en señal de tristeza y compasión.

El mariscal le dejó andar tres ó cuatro pasos en la habitación.

Después, con una voz que se esforzó en presentar conmovida, dijo Mr. Rappt:

— Mariscal, podéis creer que estoy profundamente agitado del mal que os sucede.

El mariscal le permitió hablar.

Después continuó:

— Las grandes catástrofes tienen el único consuelo de que también participan de ellas al menos los amigos más queridos que nos quedan.

El mariscal guardó silencio.

El conde prosiguió:

— En esta triste situación, como en cualquier otra, creed, señor mariscal, que yo siempre me encontraré á vuestras órdenes.

¡Esto era demasiado! al escuchar estas palabras Mr. de Lamothe-Houdón hizo un movimiento brusco.

— ¿Qué tenéis, señor mariscal? exclamó el conde Rappt espantado.

— Que sois un miserable, contestó á media voz el mariscal adelantándose hacia el conde.